

**LOS ANTIILUSTRADOS ESPAÑOLES**

**por**  
**Teófanés Egido.**



## LOS ANTIILUSTRADOS ESPAÑOLES

Comencemos por algo muy propio de la escolástica antiilustrada: por la "explicatio terminorum", aunque sea "lato sensu", con algunas connotaciones negativas, y sin atarnos demasiado al género próximo y a la última diferencia puesto que más que de definiciones el análisis histórico trata de personas y de actitudes. Al hablar de antiilustrados no nos referimos a la inmensa mayoría de los españoles del siglo XVIII que permaneció tan tranquila e inmóvil en sus comportamientos heredados, en su cultura llamada "popular", sorda a unas elites ilustradas y fracasadas en el empeño estéril de aculturar a quienes estigmatizaron, no sin ira, como "vulgo ignorante, fanático y supersticioso".

Nos referimos a otro sector, muy presente en aquella España, bullicioso y minoritario también, con un discurso elaborado y capaz de enfrentarse al de los ilustrados. Ensalzados estos antiilustrados por los posteriores reaccionarismos, integristas, conservadurismos y otros linajes hermanos, desde los antinovadores hasta mucho después (cuando se reinventa el siglo XVIII), fueron denostados por las posiciones o ideologías que enlazarían -o creyeron enlazar- con la Ilustración. Ariscos al encasillamiento, con sus contradicciones a cuestras cual los Ilustrados, al parecer mucho menos enraizados en la tradición que éstos, serán los protagonistas de la confrontación, profunda y sonora, que entre las elites del pensamiento, entre dos mentalidades irreconciliables, tendrá lugar en la crisis prolongada del Antiguo Régimen con todos los ajustes y desajustes consiguientes.

### 1.- QUIENES FUERON

Los nombres de los que hablaron y escribieron se conocen en buena parte aunque quizá no huelgue advertir que no han sido estudiados en profundidad, y esto a pesar de la páginas de Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos* y a pesar de la obra de Javier Herrero, que no aporta mucho más que Don Marcelino vuelto al revés<sup>1</sup>. Más luz arrojan Fr. Lopez, A. Elorza o monografías que saben superar el escaso atractivo de este capítulo para tratar de alumbrarlo desde planteamientos más acordes con el complejo contexto histórico que los produce y los explica<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> J. HERRERO, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, 1973.

<sup>2</sup> F. LOPEZ, *Juan Pablo Forner et la crise de la conscience espagnole au XVIIIe siècle*, Burdeos, 1976. Más directamente en el capítulo "La resistencia a la Ilustración: bases sociales y medios de acción", y "El pensamiento tradicionalista", en *La época de la Ilustración*, vol 31/1 de *Historia de España* (Menéndez Pidal), Madrid, 1987, págs. 767-851. A. ELORZA, al margen de trabajos más amplios, "Las ideas políticas: Ilustración y antiilustración", en *Historia 16*, Extra-8, diciembre 1978, págs. 69-86. Donde resume ideas más ampliamente tratadas en su obra: *La ideología liberal en la Ilustración española*, Madrid, 1970.

Más que los nombres importa conocer los motivos e intereses de las actitudes si no se quiere reducir la antiilustración a los infolios de los apologetas. Y tras los intereses se mueven grupos de extracción social varia, que no justifican que se hable sin más de ideología común pero coincidentes en su aversión a lo que signifique novedad, cambio, al amparo de Filosofía, Ilustración, Siglo ilustrado, Reformas o lo que sea.

Simplificando descaradamente la realidad, los antiilustrados proceden de viejas aristocracias, que perciben, reflexiva o instintivamente, que la secular organización señorial y estamental pierde el soporte difuso, pero enraizado, que le proporciona el aristotelismo aborrecido por los ilustrados. Estas aristocracias -no decimos nobleza sin más- asimilan espíritu nuevo a formas de gobierno y a gobernantes que no son los suyos y a programas que secundan la idea ilustrada de la inutilidad de la sangre, de la herencia, del conjunto de valores de un árbol seco ya y válido sólo para leña, como dijeran "El Censor" y tantos otros. Su resistencia a las nuevas ideas (y prácticas) se traducirá en oposición política al gobierno de gente "vil", desde el francés de primera hora hasta el del "Choricero de Castuera". No es difícil detectar a lo largo de todo el siglo la agitación de una especie de "partido español" o "castizo", empeñado en recuperar el poder perdido ni es ningún secreto que en este denuedo su resorte fundamental fue el de atacar las medidas reformistas de los nuevos gobernantes, más en sintonía con los proyectos e intereses burgueses.

Más combativo fue el sector antiilustrado clerical por la sencilla razón de que los programas ilustrados se centraron en su reforma con indudable predilección. Reforma que, en principio, no oculta la decisión desamortizadora como punto de partida. Desamortización que no debe circunscribirse a las tópicas riquezas acumuladas por su creciente "espiritualización". No porque el siglo XVIII estuviese desprovisto de ideas (cual las de Campomanes, Jovellanos, por citar a los más conocidos)<sup>3</sup> ni de episodios que irían preparando los mecanismos a las operaciones del XIX, sino porque la desamortización que obsesiona a los ilustrados es la de las personas, la del excesivo número de clérigos (regulares se sobreentiende), improductivos e inútiles. Con una finalidad más demográfica que económica, el "querer minorar los ministros del Señor, la tribu de Leví", cuya realidad tanto alegraba a los redactores del Censo de Floridablanca, fue un motivo de exasperación constante para los frailes antiilustrados (que no lo eran todos).

No fueron éstos los únicos -quizá ni los más importantes- estímulos para combatir a la Ilustración, cuyo estilo, sus puntos de partida y de llegada, desarbolaban el sustentáculo ideológico (dígase tomismo, suarismo, agustinismo, escotismo) de la escolástica, con más aplicaciones sociales de las que comúnmente se suelen percibir. En su combate por la escolástica batían armas para perpetuar monopolios en la enseñanza, para mantener la ideología multiforme que acompañaba al, pa-

---

<sup>3</sup> Cf. M. AVILES FERNANDEZ, "Delación a la Inquisición y otras reacciones de los lectores del Tratado de la Regalía de amortización de Campomanes", en *Hispania Sacra* 36 (1984) 43-69.

ra nosotros incompresible pero violentísimo, "odium theologicum". Por eso los intentos frustrados de reforma universitaria se vieron como vías sinuosas de introducción de la herejía, de todas las herejías. Incluso el lenguaje de la Ilustración, el castellano, se interpretó no sólo como el recurso a un vehículo más adecuado de las ideas, sino como todo un símbolo de una mentalidad nueva, incompatible con la secular, tradicional, arraigada y latina. Es comprensible que en la contienda por la lengua vulgar se vertieran tantos argumentos apasionados sin tener que esperar a finales del siglo con motivo de la Biblia y la liturgia. Lo mismo se puede pulsar en tiempos de los novatores: el menosprecio que derrama el padre Luis de Losada hacia ellos por recurrir para cuestiones de altura a la lengua "de los iludrados y de las mujeres"<sup>4</sup>, manifiesta su no errada percepción de que los cambios reclamados no se reducían a alardes intrascendentes sino al relevo de todo un mundo sacralizado, clerical, por otro secularizado, con hombres nuevos y, además, seglares que osaban adentrarse en sus dominios indiscutibles.

Y como la Ilustración española redujo muchas veces su crítica a la cuestión religiosa, nada más normal que estos sectores, con todas sus clientelas de colegiales mayores, de "terciarios" y adictos (más entusiastas a veces que las propias aristocracias y que el clero), respaldasen sus resistencias con argumentos de orden teológico, orden que invadía prácticamente todo (lo económico, lo social, lo científico, lo político, los ademanes y los gestos) a despecho de los ilustrados.

## II.- INSTRUMENTOS DE LOS ANTIILUSTRADOS

En el enfrentamiento de estos dos universos cada uno de los frentes utilizó los medios de acción a su alcance para universalizar sus posiciones respectivas.

Es bien sabido que novatores, preilustrados, ilustrados, con todos los matices que se quiera, dispusieron de centros que no podían ser los hostiles tradicionales de la Universidad, Colegios Mayores y afines, sino los más nuevos y humanistas de academias, Colegios, Sociedades Económicas. Y como cauces, los relacionados con la lectura, es decir, los libros -que también se ilustran por obra de impresores sensibles- y, más aún, la prensa periódica. Como portavoces también de la Ilustración en su transmisión y percepción audio-oral-visual habría que aludir a las artes plásticas, a la imagen, al teatro y al sermón "laico". Por sermones laicos entendemos los "discursos" y los "elogios" en honra de los ilustrados, más los pronunciados desde púlpitos no de la iglesia sino de las instituciones seculares.

Los antiilustrados disponen de un arsenal más y mejor provisto, quizá también más penetrante. Siguen afincados en la Universidad incluso después de las fracasadas reformas de Carlos III y -hasta su desaparición- en los Colegios Mayores, fábricas de elites de poder. La prensa periódica en buena parte es un me-

---

<sup>4</sup> Véase F. LOPEZ, l. I., "El pensamiento", p. 826, más ampliamente expuesto y con más datos.

dio de difusión de los apologetas. Los libros los "Centinelas", las "Refutaciones", La *Falsa Filosofía* del P. Zeballos (1775), convertido en manual voluminoso, el *Philoteo* del P. Antonio José Rodríguez (1776), los *Desengaños filosóficos* (1787) del canónigo Fernández Valcarce, el *Soldado católico en guerra de religión* del P. Diego José de Cádiz (ya con Carlos IV), las *Causas de la Revolución en Francia* (1794) de Hervás y Panduro y, ya al final del proceso, en el siglo XIX, las aceptadísimas diatribas del "Filósofo Rancio".

Entrar a discutir si fueron más leídos éstos -y otros muchos- antiilustrados que Feijoo, Campomanes, Montengón o Jovellanos, es un esfuerzo inútil mientras no se disponga de análisis bibliométricos o circunscritos sólo a la relación de títulos sin medir cuantitativamente su circulación y, más aún, su penetración social. Lo otro no pasaría de mera presunción.

De todas formas, el libro y la prensa periódica fueron predio de minorías privilegiadas en la España de Carlos III, a pesar de los progresos -parece que comprobados- de la alfabetización, de los leyentes y lectores <sup>5</sup>. Hay otros medios, exclusivos de los antiilustrados, cuya acción penetra las densas barreras del analfabetismo y que tienen que ser oídos prácticamente por todos en aquella sociedad sacralizada. Uno de ellos es el de las "Cartas Pastorales", leídas obligatoriamente en las misas, también obligatorias. Pudieron ser, no hay duda, un conducto fundamental de la Ilustración religiosa en tiempos de Carlos III cuando las Pastorales parten de obispos como Rubín de Celis, Tavira, Climent, Felipe Beltrand, por aludir a los mejor estudiados. Pero todo cambia con la conjuntura, y constituye un espectáculo singular la torrencera de pastorales lanzadas en la guerra contra la Convención, cuando se identifica de manera decisiva Revolución, regicidio, con irreligión foránea, con contubernios de fuerzas oscuras cual frutos naturales de una "Filosofía", de una Ilustración, que los agoreros habían previsto ya como ataque al Estado y a la Iglesia, al trono y al altar, es decir, a todo el orden social heredado y, por eso mismo, bueno <sup>6</sup>.

En esta circunstancia, como es de sobra conocido, el poder político y el inquisitorial se unieron a las voces antiilustradas, y el viejo aparato policial del Santo Oficio dio señales de vida nueva. La Inquisición, de hecho, y a pesar de la relativa domesticación por los gobiernos de Carlos III, fue siempre un arma de la antiilustración. No sólo por el acoso a reformistas como Macanz, por tantas hogueras como se encendieron entre 1725 y 1735, por autos de fe en los que comparecen novatores como Zapata o por autillos simbólicos como el de Olavide; sino más por la persecución constante, agudizada a fines del siglo, del libro, del verbo, de la imagen. Más aún, por la eficacia, tan evidente como difícil de medir, de sus "Edictos" y "Anatemas". No se ha insistido suficientemente en la capacidad publicitaria de estos edictos y anatemas, leídos, predicados y publicados año tras año, practicamente en

<sup>5</sup> Cf J. SAUGNIEUX, *Les mots et les livres. Etudes d'histoire culturelle*, Lyon, 1986.

<sup>6</sup> Relación de bastantes pastorales, en E. SALVADOR, "La guerra de la Convención en un periódico contemporáneo", en *Cuadernos de Investigación Histórica* 3 (1979) 339-341.

todas las iglesias, en tiempos especiales, con escenografía apropiada y formidable, con procesiones y gestos orientados a provocar el miedo y a proclamar la presencia del Tribunal. Pues bien, lo que allí se publicaba "a campanas tañidas y matando velas" era la obligación de vivir atentos a cualquier vestigio que delatara "la ley de Moisés, la secta de los moros, la del heresiarca Lutero y sus secuaces". Después se añadirían los alumbrados en los anatemas, por fin los francmasones, y, en capítulo aparte, los libros prohibidos. No es difícil imaginar el universo de rechazos que se grababa en la memoria colectiva por este aparato irreconciliable con la lectura, con la tolerancia, con la Ilustración <sup>7</sup>.

Estas asociaciones bastan para comprender que los apologetas siguieran escribiendo anacrónicos tratados contra judíos, contra Mahoma, contra la secta luterana hasta comienzos del siglo XIX al menos.

Ninguno de los instrumentos aludidos puede compararse en presencia, frecuencia y efectividad con el sermón, el medio de comunicación más apto en sociedades analfabetas. No es necesario insistir en la prestancia del predicador, en la crecidísima demanda social de los sermones inevitables en todas las situaciones y en cualquier momento del Antiguo Régimen. Las ciudades -en este particular el campo es menos conocido, y de todas formas no contaba con tantas oportunidades-, clericales de por sí, estaban dominadas por los ecos y el poder de los predicadores. En los tiempos fuertes de las cuaresmas, con más intensidad en los de misiones, el equipo de frailes era el dueño indiscutible de la vida urbana <sup>8</sup>. Uno de los motivos del empeño ilustrado por reformar los sermones radica en la consciencia que se tenía de las posibilidades de estas plataformas de propaganda y de dominio de la opinión pública. Al margen, claro está, de miras más directamente pastorales <sup>9</sup>.

Prescindiendo de otros aspectos interesantes, hay que insistir en que los predicadores aprovecharon tantas ventajas a su alcance, y que convirtieron el sermón en fermento movilizador, desde la Guerra de Sucesión en los dos bandos, en los momentos más agrios de las relaciones Iglesia-Estado, en las invectivas del padre Calatayud contra los "usureros" vizcaínos, en los contornos de la expulsión de los jesuitas. El riesgo de motines acompañaba a las apocalípticas, antirregalistas y antiilustradas invectivas del padre Diego José de Cádiz allá por donde pasaba: por Málaga en 1782, por Sevilla en 1784, y nada se diga de las inquietudes zaragozanas de 1788 cuando la tomó contra las "herejías" de la Sociedad Económica, como veremos, ni de los servicios que sus sermones y escritos prestaron en la guerra total contra la Convención.

---

<sup>7</sup> Todo este ceremonial, en sus documentos, véase en M. JIMENEZ MONTESERIN, *Introducción a la Inquisición española*, Madrid, 1980, págs. 499-562.

<sup>8</sup> F. AGUILAR PIÑAL, "Aragón en el siglo XVIII: predicación y mentalidad popular", en *Actas del I Symposium del Seminario de Ilustración Aragonesa*, Zaragoza, 1987, págs. 31-39.

<sup>9</sup> J. SAUGNIEUX *Les jansénistes et le renouveau de la prédication dans l'Espagne de la seconde moitié du XVIIIe siècle*, Lyon, 1976. A. MESTRE, "La reforma de la predicación en el siglo XVIII", en *El mundo intelectual de Mayans*, Valencia, 1978, págs. 233-273

Estos sermones debeladores de las "novedades", que en la España de Carlos III y de Carlos IV reproducían en su género penetrante los esquemas, ideas y palabras de la *Falsa Filosofía* con su furor antiilustrado, exasperaban a críticos como *El Censor*: "Ahora no se oye sino clamar contra el ateísmo y la incredulidad" pero no contra el otro "enemigo cierto y muy temible de la superstición" <sup>10</sup>.

Las arengas encendidas de los predicadores antiilustrados suelen coincidir con otro instrumento que se manejó con generosidad desbordante durante el siglo XVIII, heredero en esto de una larga tradición: la sátira. Prescindo del análisis de las virtualidades de un género como éste, a medio camino entre la lectura y lo oral, transmitido en papeles y composiciones de fácil memorización, apto para la comunicación de boca en boca, para el comentario en tertulias y mentideros. Para convencerse de su poder demoledor baste recordar la persecución legal y policial de que fue objeto y el pánico provocado en los responsables del orden público <sup>11</sup>. Utilizada por unos y otros, la sátira se esgrimió con más frecuencia como instrumento de queja y de subversión y como portavoz de los enemigos de la Filosofía, de los ilustrados y de los poderes que los respaldaban <sup>12</sup>.

Libros de elites, pastorales, edictos y anatemas, panfletos, sermones y sátiras, coinciden en su paternidad colectiva, en sus objetivos así como en los resortes que manejan.

### III.-RESORTES Y MOMENTOS DE LA ANTIILUSTRACIÓN

#### 1.- *Misoneísmo, xenofobia y ortodoxia*

Dentro del cúmulo de resortes que se esgrimen por los antiilustrados resaltaré aquellos que tienden en alguna medida a conectar con la opinión pública. Me refiero, en concreto, al misoneísmo, a la xenofobia y a la ortodoxia.

Los episodios -creemos que reveladores- a los que nos ceñimos privilegiarán lo uno o lo otro a tenor de los intereses del momento: no es lo mismo vapulear a Esquilache para conseguir su caída que anatematizar a las Sociedades Económicas. Mas siempre, o casi siempre, puede percibirse la asociación mental que esquematiza y simplifica lo condenable por nuevo, por venido de fuera y, por tanto, con forzoso sabor a herejía.

Los historiadores de la penetración a veces vergonzante de la ciencia moderna en España ofrecen muestras sobradas de estas asimilaciones. Así, por 1700, la

<sup>10</sup> Cit. por G. M. TOMSICH, *El jansenismo en España*, Madrid, 1972, p. 12.

<sup>11</sup> L. DOMERGUE, *Censure et lumières dans l'Espagne de Charles III*, Paris 1982, cap. dedicado a "Satire et censure", p. 111-146

<sup>12</sup> Hemos estudiado más detenidamente este problema en "La sátira política y la oposición clandestina en la España del siglo XVIII", en *Histoire et clandestinité du Moyen-Age à la Première Guerre mondiale, Colloque de Privas (mai 1977)*, Albi, 1979, págs. 257-272



Universidad de Sevilla anda concitando el plebiscito de otras universidades para lograr el "exterminio" de la Sociedad novatora de Medicina. Está alarmada aunque esto lo calle- por la posible competencia, pero lo está aún más por el horror ante la amenaza del desplazamiento de Aristóteles (identificado con el catolicismo escolástico), de Galeno, por doctrinas "modernas, cartesianas, parafisicas" llegadas de Holanda e Inglaterra; es decir (y obsérvese la identificación mental de lo nacional con la ortodoxia), que son novedades, "doctrinas practicadas sólo por herejes". Poco después el P. Polanco (1714), en su obra sistemática contra los novatores, los asocia, por "monstruos de las novedades", con lo herético. Hacia mediados de siglo el P. Luis de Flandes, en su apología misoneísta del *Antiguo Académico contra el moderno escéptico o dudoso*, vuelve a hablar del veneno herético por el hecho de llegar del Norte contaminado de "Lutero, Calvino y demás modernos heresiarcas"; Bacon es el responsable principal de "esta nueva máquina heretical" de la experimental filosofía contra el catolicísimo Estagirita<sup>13</sup>.

Todas las asociaciones mentales de misoneísmo, xenofobia y de ortodoxia se irán agolpando en plena Ilustración, en otros campos más amplios que el de la teología y la filosofía, para los ilustrados. Al final del siglo, cuando se han integrado ya los elementos del compuesto antiilustrado y cuando la Revolución Francesa propicia la ocasión, el obispo de Santanader Menéndez de Luarca, cual balance de todo el proceso, culpa a "el atheista, diabólico, infernal philosophismo, llamado el siglo de las luces", de haber convertido la tierra entera en "el lugar de tinieblas que es el infierno". Antes (1788) había creado su bélica cofradía "Milicia Cristiana" como oferta de "un verdadero antídoto contra el veneno importado de Francia". Tan convencido estaba de la realidad de este veneno extranjero que, por 1790, ante la precisión de importar granos, manifiesta la razonada convicción de que los trigos del Norte lleguen mezclados con el tóxico destructor de la Iglesia y ordena

"pena de excomunión mayor a los que en ello intervinieren, y a los sacerdotes sub paena praestiti iuramenti, no se hagan ostias de la refrida harina ni de otra alguna que no sea de trigo molido dentro del recinto de este obispado, de donde se sepa en el modo más posible que no se mezcló con otro grano u otra cosa alguna".

En plena guerra contra la Convención se identifica a Francia con la envenenadora y transmisora de la "pestilencial doctrina" de la Ilustración extranjera en acción de permanente contagio, más temible desde 1789. Porque

"¿Quién no sabe que por aquel entonces llovían acá corredores panegiristas de aquellos descordados acuerdos y que en los forros de los sombreros, en los relojes, en los abanicos, en los pañuelos de narices, en los zapatos, en todo y por todo, se hallaban sermones de irreligión

---

<sup>13</sup> F. LOPEZ, "El pensamiento tradicionalista", p. 818-82

y de perfidia con el sobreescrito de libertad y igualdad?"<sup>14</sup>.

Baste con este testigo, no muy conocido hasta la interesante monografía de Maruri Villanueva, para recrear la percepción de la crisis aguda que sufrió la Ilustración en los últimos años del siglo XVIII y que ha ocupado la atención de los historiadores. Menéndez Luarda no hace sino reproducir el ambiente de los antiilustrados con visiones y argumentos presentes en tratados, en pastorales, sermones, sobre todo en sermones incendiarios y encendidos de misoneísmo, xenofobia y ardor cruzado por la ortodoxia.

Lo que el "reaccionarismo" más elaborado engarza con rigor dialéctico, en la sátira suele reducirse a enunciados, a la distorsión deliberada de la imagen y de la realidad, de las personas (Ilustración, ilustrados, gobiernos que los apoyan), a todos los recursos imaginables para tocar las fibras de la sensibilidad "popular", para conseguir el ridículo y la caricatura burlesca, fin al que subordina todo lo demás.

En esta expresión satírica nos vamos a fijar, limitándonos a los tiempos de Carlos III, es decir, a lo que suele entenderse por Ilustración plena, y a algunas expresiones concretas de la antiilustración.

## 2.- La Herejía del "Jansenismo"

El del jansenismo español es un problema que preocupa a la actual historiografía española. Los escritos de Appolis, de Tomsich, de Saugnieux, valiosos por otra parte, prueban lo contrario de lo que pretenden: la inexistencia de un jansenismo teológico por mucho que se quiera alargar ese concepto. Más correcto-históricamente- sería pensar en comportamientos, en talentos religiosos ilustrados, respaldados en el reformismo, en el regalismo antañón, en el episcopalismo, en una especie de espiritualidad erasmiana que resurge al amparo del Despotismo Ilustrado.

No obstante, en la España de Carlos III se habló mucho de jansenismo y se tildó también a muchos de jansenistas. La Inquisición entabló sonados procesos, más políticos que otra cosa. Hay momentos en que parece que la "peligrosísima herejía" se ha apoderado de España, de la Iglesia y del gobierno en pleno, hasta trocarse en uno de los integrantes del universo mental antiilustrado, en otro enemigo formidable del altar y de todo el orden social, porque resultaba que el llamado jansenismo por estos lares no iba contra el trono sino que dimanaba de él. "Todos -afirma Miguélez- hablaban de jansenismo; diríase que andaba por el aire corrompiendo la atmósfera"<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> R. MARURI VILLÁNUEVA, *Ideología y comportamientos del obispo Menéndez de Luarda (1784-1819)*, Santander, 1984, págs. 91, 100-101.

<sup>15</sup> Cf. "La religiosidad de los ilustrados", l. cit., de *Historia de España* (Menéndez Pidal), págs. 395-435.

El jansenismo se utilizó como arma de combate contra todo lo que no fuera jesuita, entendiéndose por tal no sólo al profeso en la orden de San Ignacio sino a todos -y eran muchos- cuantos participaban en su causa. Los jesuitas, al decir del enemigo cordial Campomanes, graduaban de jansenista con la mayor facilidad a todo aquel que no coincidiera con la Compañía. Jansenista y jesuita se convirtieron en descalificaciones que escondían muchos resentimientos con una profunda tradición detrás y consecuencias decisivas por delante. Baste con leer la documentación que precedió y acompañó a la expulsión de 1767 para percibir estas realidades.

Poco antes de que esto sucediera, por los ambientes de los motines madrileños, circularon sátiras bastante copiadas. La más conocida fue la titulada *Gemidos de España*, que en uno de sus ejemplares conservados lleva por subtítulo: "Octavas que se suponen, según el asunto, compuestas por un jesuita"<sup>16</sup>. Poco importa que la autoría material fuese de algún padre de la Compañía. Los contenidos responden a las posiciones de la orden, que en vísperas de la inesperada expulsión está luchando en soledad exasperada por recuperar poderes perdidos desde la caída del Padre Rábago.

Los "Gemidos" son un llanto por la ruina de la nación y una instigación a solucionarla de forma expeditiva cambiando de gobierno, incluso de monarca. La causa de la ruina y la urgencia del relevo gubernamental es, sencillamente, la invasión jansenista:

"¡Ay de tí, España! Que, a lo que imagino,  
cuando tiendan sobre tí la vista  
mirarán una España jansenista".

Los regulares indentifican la Iglesia, la nación, la ortodoxia, con su causa en mecanismo habitual y fácil de explicar si no se olvida cuanto se ventilaba entonces en las luchas de escuelas, en el violentísimo y aludido "odium theologicum". Se asimila, de esta suerte, las otras doctrinas con la herejía: los agustinos, los textos que se van imponiendo en teología, son todos ellos jansenistas. Se recuerdan "los errores de Agustino", y no falta, no podía faltar, el amargo recuerdo de que

"Lutero, también fraile agustino,  
en España establece su Reforma,  
y ya enseña la escuela agustiniana  
las sectas calvinista y luterana".

---

<sup>16</sup> Aparecieron simultáneamente dos estudios sobre este asunto y con interpretación similar: R. OLAECHEA, "Resonancias del motín contra Esquilache en Córdoba (1766)", *Cuadernos de Investigación* 4 (1978) 75-124, y T. EGIDO, "Oposición radical a Carlos III y expulsión de los jesuitas", *Boletín de la Real Academia de la Historia* 174 (1977) 529-545.

La sátira llora por esa España "tomista" que mima los "centones de Cano", que celebra al "hereje rigorista" Concina,

"Y alaba a Tomás, nadie lo ignora,  
aunque saque a la Virgen pecadora".

La otra orden que se enfrentó con los jesuitas fue la de los carmelitas descalzos. Habían cuidado éstos la edición de las obras del Venerable Palafox y Mendoza, cuya aprobación pontificia supuso la desautorización de la Compañía, tan fustigada en algunos escritos del obispo "jansenista". Y ahora, al alimón con el gobierno, andaban empeñados en la beatificación del primer comentarista de las Cartas de Santa Teresa. La sátira los fustiga manejando con intencionado anacronismo el origen natural del obispo y oscuros y sonados procesos inquisitoriales no muy lejanos:

"si será Palafox algún retoño,  
de los frailes y monjas de Logroño?".

El gobierno es el responsable de todo, y contra él se dirigen los dardos de la oposición política. Primero, porque no es un gobierno de naturales (aristócartas): porque falla "la cabeza/si a España no manda su nobleza". En segundo lugar, y a probarlo se dirigen todas las invectivas, porque es un gobierno de herejes (con Esquilache, "de sangre villana"; "introducido de la herejía en nuestra España", que, en tandem con Roda, exige a todo pretendiente "ser tomista/o un acreditado jansenista"). Y si el gobierno es hereje, y, como se afirma en otra sátira de linaje parecido, "el rey Carlos fragmasón"<sup>17</sup>, es llegada la hora de recurrir a la doctrina probabilista del tiranicidio.

En efecto, la sátira se cierra con la incitación -retórica, naturalmente, aunque Campomanes lo interpretara a la letra- a "quitar con veneno tanto males", "a matar por una causa tan sagrada",

"pues matar al tirano no es locura,  
que es opinión probable muy segura".

---

<sup>17</sup> En este contexto hay que incluir la sátira que no perdona al Papa:

"-¿Qué es el Papa?  
-Un fiero hereje.  
-¿Y el rey Carlos?  
Fragmasón.  
Pues aquesta es la razón:  
porque a Palafox protege".

En el l. c. "La religiosidad ilustrada", p. 429.

En su alegato para justificar y exigir el extrañamiento de Compañía, Campomanes esgrimió el ardor de las sátiras antigubernamentales y el probabilismo como agentes de los motines madrileños. El fiscal del Consejo de Castilla, muy en su papel, exageraba: a pesar de su diligencia, lo que resta de aquellas pesquisas secretísimas que se realizaron no prueba lo que querían Roda y Campomanes. Mas las invectivas, de otro talante, caldearon el clima de amotinamiento.

### 3.- Los motines contra esquilache

Es uno de los acontecimientos más estudiados, lo que no quiere decir mejor conocido aún, del tiempo de la Ilustración. Los de Madrid constituyeron un episodio clásico de oposición política y de lucha por el poder. La sátira actuó como expresión de las reivindicaciones de la aristocracia desplazada, de parte del clero quejoso, al igual que actuara como fermento subversivo y de conexión de estos grupos con el pueblo. La opinión se agitó por invectivas contra los altos precios, pero no sólo por eso. Porque aquellos motines de Corte fueron espoleados también por una oleada de misonéismo, de xenofobia y por oscuros -o demasiados claros- sentimientos de ortodoxia.

Es sabido que la política ilustrada de Esquilache y Grimaldi afectó a zonas no respetadas por los Austrias y que tocaban la amortización, la inmunidad fiscal del clero, la detracción del complejo decimal por el concepto de novales. Poco costaba asimilar tal política a la sistemática persecución de la Iglesia, identificada con el clero, insinuando culpabilidades del Ministerio al que había que derribar aunque fuese atribuyéndole falsas responsabilidades, como se hace con Esquilache:

”El inventó los novales  
y la Iglesia perseguía  
como aquel que no tenía  
de religioso señales”.

Hay otras manifestaciones, más sutiles en su significado, en la primera fase de los motines. La acción cruenta de los amotinados recuerda forzosamente los autos de fe sumarísimos que vuelven a encender las hogueras inquisitoriales contra los guardias walones, asimilados a herejes por su condición de extranjeros.

Relaciones manuscritas y clandestinas frescas relatan que aquella acción directa se realizaba por "viejas, mozuelas y muchachos de los arrabales inmediatos; gente que, oyendo extranjeros, a los más tiene por judíos y herejes". Las protagonistas eran "amazonas arrabalescas, quienes parecía ofrecer a Dios un gran sacrificio en quemarlos, porque todos estaban persuadidos que los walones eran judíos o herejes, y entre ellos corrió la voz de que uno de éstos tenía rabo, y hubo viejas que juraron haberlo visto, y los muchachos lo iban diciendo a voces por las calles". Como los vengadores se preocupan de que los walones semimuertos reciban los últimos sacramentos, cualquier gesto se interpreta como heretical

sacrilegio: "Llegó un sacerdote y le dijo que se confesase, y el walón escupió al sacerdote, regañándole, y al punto la gente se enfureció y le acabaron de matar echándole dos peñas encima"; "a uno de ellos sacaron Su Majestad para dársela en viático, y éste escupió la santa forma, y al ver esto le mataron y lo llevaron a quemar a la Puerta de Toledo".

Estos sentimientos misoneístas y xenófobos con sus implicaciones religiosas se manipulan por la oposición a las novedades y sus ejecutores, en este caso a los italianos Grimaldi, Esquilache, Sabattini, Gazzola, incluso antes de 1766. Cuatro años antes la sátira aprovecha la inquietud por las malas cosechas para impopularizar los empeños sanitarios (las célebres y griegas), de los que la capital andaba tan necesitada:

-¿Qué Madrid se ha de limpiar?  
-Sí, señor.  
-¿Y cómo ha de ser?  
-Quitándonos de comer  
y dexando de cagar".

Y ya por las vías de las y griegas y de lo soez, tan explotado por el género, se atacará al gobierno de Carlos III satirizando lo que se vio siempre como comportamiento sexual italiano:

"Italiano había de ser  
(allá va sin disimulos)  
el que con mulas y mulos  
ha subido a tanta alteza,  
que ha dado con la cabeza  
en los hispánicos culos"

Las excusas -que no las causas- de los motines dieron cebo sobrado a las invectivas. La excusa decisiva, como se sabe, fue la proporcionada por la reforma del traje. Disquisiciones de historiadores muy serios han trivializado el alcance de aquellas medidas, decisivas no tanto por su trascendencia intrínseca cuanto por la ocasión que prestraron para manipular sentimientos profundos y a flor de piel de misoneísmo y xenofobia, prontos a estallar ante sugerencias hábilmente dirigidas. Y la sugerencias fluyeron en torrentera. Se convirtió en nacional, en algo de siempre, el traje de capas largas y sombreros gachos que era muy reciente:

"Prueba es que acá resucita  
de otra esclavitud señal,  
pues el traje nacional  
que nuestros padres usaron,

después que nos subyugaron  
se declara criminal”.

Sombreros tricorniados, capas levantadas, dieron pábulo sobrado a la nutridísima sátira que volvía y revolvía sobre los cuernos y los hispánicos culos, que, se decía, tanto entusiasmaban a los italianos. El honor nacional se sintió herido por la agresión de las tijeras que ejecutaban drásticamente aquel bando -hubo otros muchos antes- del “fiero calabrés” Esquilache, empeñado en “mudar a todos de los pies a la cabeza”:

”Sin respeto a un soberano,  
sin Dios, sin razón y sin ley,  
haciendo alcahuete al rey,  
nos fornicia un italiano.  
Sufra el honor castellano  
la opresión que nos provoca,  
pues sólo traer nos toca,  
por andar la Corte inquieta,  
las lenguas en la bragueta,  
los virotes en la boca”.

Todo el artificio del motín matritense se dirige a forzar la caída del gobierno y al relevo de ministros, en este caso extranjeros, por los aristócratas “españoles”. Lo demás se subordina a este objetivo, proclamado de todas las maneras posibles, cantado por los amotinados en la seguiriyas gozosas que siguieron a la capitulación del monarca:

”Viva Carlos Tercero,  
muera Esquilache,  
y que los extranjeros  
nos los despache.

Dicen los españoles  
regocijados:  
ya tenemos ministros  
castaños claros”.<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> Más datos que prueban lo mismo, en el artículo: “Madrid 1766: motines de Corte y oposición al gobierno”, en *Cuadernos de Investigación Histórica* 3 (1979) 125-153.

#### 4. - Antiilustración y oposición política

Esquilache cayó, más el partido "castizo" no consiguió derribar al primer ministro Grimaldi en beneficio de la aristocracia. La oposición al gobierno ilustrado, que intensifica y acelera las reformas tras el motín, siguió en su acoso, más conscientemente antiilustrado y xenófobo. La Ilustración se indentifica con lo extranjero, con lo antiespañol y, de paso, con lo antirreligioso. El hostigamiento alcanzó su punto culminante por 1775, año de los más frondosos en la actividad satírica, que se encuentra con el detonante envidiable del desastre de Argel y de la brillante armada comandada por O'Reilly, el general irlandés. En otros lugares hemos insistido en la selva de sátiras que pululan al amparo de esta circunstancia y en la conciencia que el género tiene de medio de comunicación más fiable que las ocultaciones políticas del *Mercurio* y de la *Gazeta* <sup>19</sup>. Y el objetivo de tanta actividad es el de siempre: manipular el descontento para forzar la deposición del Secretario Grimaldi y de su equipo:

"Váyase la cuadrilla  
de cagatintas de Estado,  
con su Secretario al lado,  
donde fue el Padre Padilla".

Como presupuesto inevitable y sempiterno se magnifica la ruina de España, en este caso su deshonra, debida a estar gobernada por extranjeros:

"Pobre España, llora, llora  
ver manchados los blasones  
de tus armas y bastones  
porque un loco te desdora.  
A mandar tu tropa ahora  
se destinan irlandeses;  
te gobiernan los franceses,  
te disfrutan italianos,  
te vencen los africanos,  
y mofan los portugueses".

Entre el material exuberante, y entre tantas piezas antológicas, llama la atención, además de por su factura, por su actualidad, la parodia de las Sociedades Económicas de Amigos de País que precisamente en aquel año comienzan a multi-

---

<sup>19</sup> Sobre la abundancia y significado del ciclo satírico de 1775-1776, cf. *Sátiras políticas de la España Moderna*, Madrid, 1973, págs. 270-290.



plicarse estimuladas por las sugerencias de Campomanes <sup>20</sup>. Es un simulacro de poema épico, con el equipo de Grimaldi por contrahéroes, convocados en la noche de Inocentes (1775) para la creación de *La Sociedad antihispana de enemigos del País*, "donde el honor de la nación se abata". Todo respira xenofobia en esta fingida Sociedad, "sólo de gente ultramontana", desde Grimaldi hasta su mentor el "abate" Pico de la Mirandola, con O'Reilly y su desastre omnipresentes, con españoles de baja prosapia (entre los cuales sólo se salva Roda por "antagonista de todo ultramontano y extranjero"), "modernos, sin mérito de cuna", porque, dice Grimaldi a los suyos:

"El suelo que pisáis no es enemigo,  
aquí los extranjeros son los patrios".

No hay reforma ni proyecto ilustrados que no sea invención de estos torvos ingenios a la extranjera: construcción de canales e invención de la lotería; colonizaciones con "seis mil familias de extranjeros vagos"; reformas de trajes, de estudios; los arbitrios "del grande corrosivo y sublimado Campomanes"; la política de atracción de técnicos extranjeros; espionaje industrial; apoyos a ediciones del Derecho Patrio; la embajada de Floridablanca ("un conde tan florido como nuevo, que por antijesuita fue ensalzado"), etc. etc.

Los "Estatutos" de la fingida Sociedad son el mejor resumen de la aversión a todo lo ilustrado, es decir, a lo extranjero, a lo nuevo, y, por ello, irreligioso y anticristiano:

- 1.- El Socio, por capítulo primero,  
antes debe probar ser extranjero.
- 2.- Podrán gozar, no obstante, sus derechos  
aquellos españoles contrahechos,
- 3.- y aquellos que han viajado  
y por allá su idioma se han dejado  
olvidando doctrina y mandamientos.
- 4.- Prestará de olvidarlos juramento  
toda social persona,  
sin reservar a los que traen corona.
- 5.- En lugar del Astete, sin recelo  
se seguirá al Voltaire y al Machiavelo.

---

<sup>20</sup> No se escapa al género vapulear a Campomanes por la adquisición obligada de su "Discursos y Apéndices" por la administración civil y eclesiástica a costa del Erario: "sus libros populares/ a costa de los propios publicados".

6.- A nadie de esta Liga  
a confesar por Pascua se le obliga,  
pues nuestro gran canciller, egregio,  
dispensa a todos este privilegio...

7.- Todos han de tener dama en palacio,  
y de esta obligación no relevamos  
ni a los capones ni a los italianos.

8.- El "Dios te guarde" para saludarse  
se tiene por exceso;  
de hoy en más el saludo será un beso.

9.- Por excitar a todos al trabajo  
se ofrece una pensión, visto el efecto;  
al que haga contra España algún proyecto,  
y si a muchos arruina y les abruma,  
se ofrece el premio en duplicada luna.

10.- Procure cada cual con mil cautelas  
tener ganadas a las covachuelas.

11.- Por último ordenamos  
que aquel que consiguiera algún empleo,  
sirva con él al jefe, y "laus Deo".<sup>21</sup>

También cayó Grimaldi, -no sólo por el fracaso de su política exterior de alianza "familiar" con Francia sino también por la acción del frente de oposición interna. Pero no accedió el partido castizo al poder, confiado a Floridablanca, "hombre bajo, de corazón torcido y tan perverso", como se apresuró a calificarle la sátira<sup>22</sup>. Sátira que seguiría arreciando incansable y al alimón con la literatura reaccionaria: la Ilustración se ha convertido en "secta" perversa, con sus orígenes en Caín (Zeballos) o en Judas (J. A. Rodríguez), y con el único programa de destruir la religión y subvertir el orden sacrosanto social (la vinculación aristocratizante es indudable) con los señuelos de libertad, igualdad, oposición a la tortura, a la Inquisición y con tantas novedades más, odiosas por nuevas.

##### 5.- *Sociedades económicas y heterodoxia*

La aversión al siglo ilustrado y a todas sus novedades puede saltar de planteamientos más o menos teóricos cuando el ambiente difuso se concreta ante circunstancias que permiten la coincidencia del sermón y de la sátira coadunados.

Es lo que acontece en Zaragoza a fines de 1786 y en un episodio en el que

---

<sup>21</sup> La sátira, muy copiada y con ejemplares en la Bibl. Nacional de Madrid y en el British Museum, ha sido estudiada en el lugar cit. "La sátira política y la oposición clandestina".

<sup>22</sup> *Junta de la Sociedad Anti-hispana* es el título intencionado. BN de Madrid, Ms 18. 470, f 6v).

François Lopez descubre las dimensiones de sociodrama en cuanto revelador de antagonismos que trascienden de lo personal para manifestar posiciones colectivas y permanentes. Los sucesos, sonoros y conocidos, se desencadenaron ante las enseñanzas que en la cátedra de Economía de la Sociedad Económica de la ciudad se permitía impartir el ilustrado Lorezo Normante. La documentación confirma que allí no se decía nada del otro mundo: eso sí, se mantenía la utilidad de operaciones con interés ("usura") y el lujo como estímulos de la actividad económica, y quizá se insinuaba algo muy corriente, la evidencia de la excesiva población clerical.

La reacción no se hizo esperar, y es posible que no hubiera trascendido de algún sector del clero y universitario de no haber concurrido con las misiones del ardiente predicador Diego José de Cádiz, síntesis andante de la antiilustración combatiente. Sus sermones encendieron al pueblo, y relaciones de los hechos hablan del riesgo de nuevos motines temerosos. El misionero distorsionó todo al parecer, y transfiguró ideas moderadas, aunque ilustradas, en furibundos ataques contra el celibato y en herejías consumadas. No conocemos el texto de estos sermones, sí lo esencial de sus contenidos, pero François Lopez, en un estudio modélico, ha dado con sátiras, trasunto de las prédicas y, a la vez, incitación más que retórica a la represión en aquel ambiente hostil.

Las sátiras establecen la premisa de la Sociedad (Normante) como personificadora de la Ilustración y de la identidad de ésta con lo herético, bien apoyado todo por el gobierno ("el veneno en una Flor" -idablanca):

"¡Ah, Sociedad, Sociedad,  
que en tu materia y tu forma  
eres la madre y la norma  
del error y libertad...

¡Ah, doctores ilustrados,  
que con nombre de doctores,  
resucitáis mil errores  
de los herejes pasados!"

Las alusiones al celibato van centrando la herejía en la de Lutero:

"¡Ah, Sociedad, ah, serpiente,  
Ah, dragón; ah, monstruo fiero!  
Dí, por el Dios verdadero,  
¿tienes el diablo en la pluma?"

¿O si pretendes en suma  
resucitar a Lutero?"

Como contrapunto de la sociedad emerge la figura del capuchino,

"...soldado,  
que con valor verdadero,  
acabará con Lutero  
y con el Siglo Ilustrado".

Las vivas al misionero contrastan con la vaticinada derrota de la Ilustración, no sin clamar porque "la Inquisición ponga cruz a los que enseñen error". Se presenta al "apóstol andaluz", al debelador del mal intrínseco de la Sociedad por ilustrada, como merecedor de la eterna gratitud zaragozana:

"Démosle con mucho amor  
gracias incensantemente.  
Grite el pueblo, diga fino:  
¡Viva el padre capuchino,  
santo, sabio, eternamente!"<sup>23</sup>.

\* \* \*

#### REFLEXION FINAL

Hay tonos bélicos en las sátiras y en los sermones de Zaragoza. El miedo a la Revolución Francesa y la ruptura armada con la Convención regalaron la excusa anhelada para probar la maldad de la Filosofía en sus últimas consecuencias y para convertir en guerra santa de verdad lo que hasta entonces apenas había trascendido de enfrentamientos dialécticos. De nuevo el Padre Cádiz <sup>24</sup> será protagonista y alentador de la titánica batalla contra la secta terrible de filósofos, jansenistas, calvinistas, corifeos de las pésimas libertad e igualdad y que, ya con los francmasones, integrarán el contubernio empeñado en la destrucción del Estado, de la sociedad y de la religión.

Porque todo eso es la Francia, contra la que, entre tanta invectiva, circulaban por 1792 las coplas:

---

<sup>23</sup> La sátira íntegra, en el trabajo mecanografiado de F. LOPEZ, *Un fait divers à la fin du règne de Charles III : l'affaire Normante*. Con más detenimiento: G. GARCIA PEREZ, *La economía y los reaccionarios*, Madrid, 1974.

<sup>24</sup> M. V. LOPEZ CORDON "Predicación e inducción política en el siglo XVIII: fray Diego José de Cádiz", en *Hispania* 38 (1978) 71-119.

”PREGUNTA: ¿Qué maestros enseñaron  
tan horrible desfuero?

RESPUESTA: Voltaire, Calvino y Lutero.

PREGUNTA: ¿Quién a las vírgenes puras  
violó con pérfidas manos?

RESPUESTA: Los franceses luteranos.

PREGUNTA: ¿Quién ha muerto cardenales,  
obispos y sacerdotes?

RESPUESTA: Los franceses hugonotes....

PREGUNTA: ¿Cómo quedará París  
de aqueste infeliz vaivén?

RESPUESTA: Como otra Jerusalén”<sup>25</sup>.

Ilustración y antiilustración, incluso a fines del siglo XVIII, son actitudes limitadas a elites reducidas. En el siglo XIX, por no aludir al XX, cuando llegue la hora de universalizar tales posiciones minoritarias, los españoles, en su mayoría, ¿conectarán con los ilustrados reformadores, con los antiilustrados o seguirán por las vías de la a-ilustración? La cuestión no es nueva en su planteamiento. Dar con la respuesta resulta incitante. Pero eso trasciende del ámbito de esta reflexión.

---

<sup>25</sup> En A. ELORZA, l. c., p. 84, donde capta perfectamente la ideología ilustrada de uno de los copistas de los coplones, cuando apostilla y responde a quién violó a las vírgenes: "carmelitas corellanos"; y al cómo ha de quedar París: "¿Cómo ha de quedar? Muy bien".

\*Esta reflexión - con carácter de ensayo- fue presentada en el "Primer encuentro cultural hispano-alemán: La Ilustración en España y Alemania", Cáceres, 6-8 abril 1988.